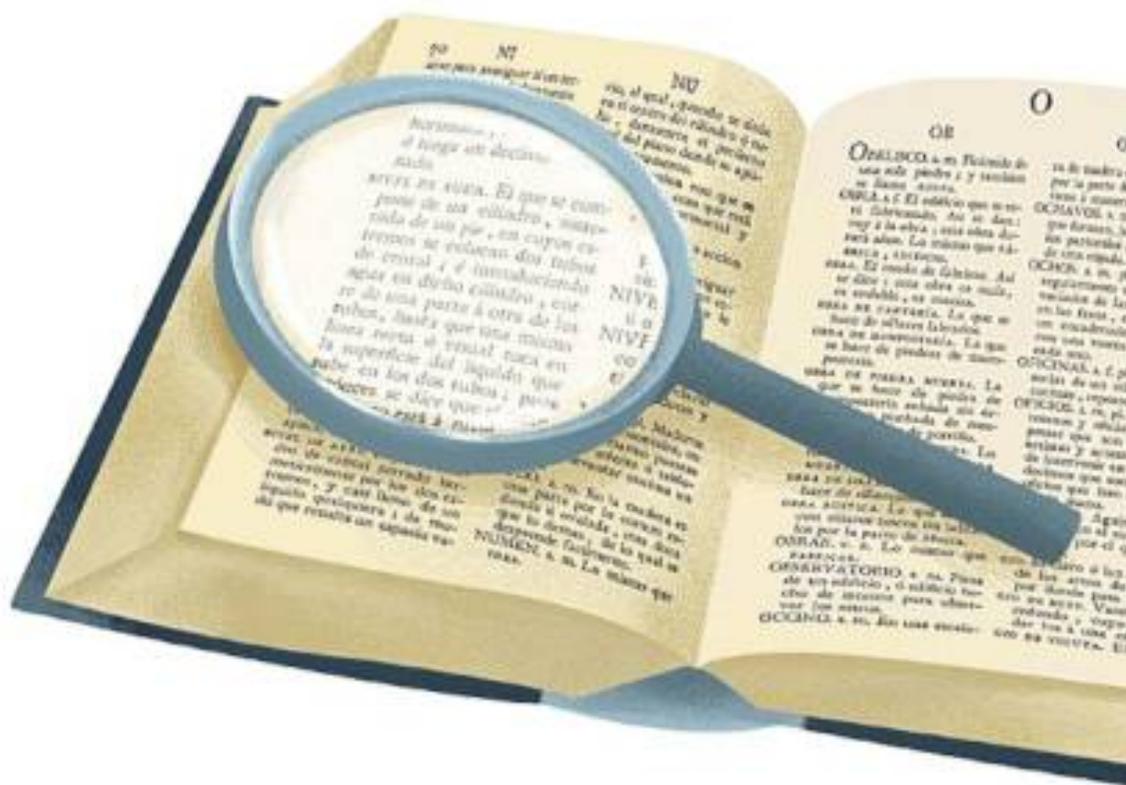


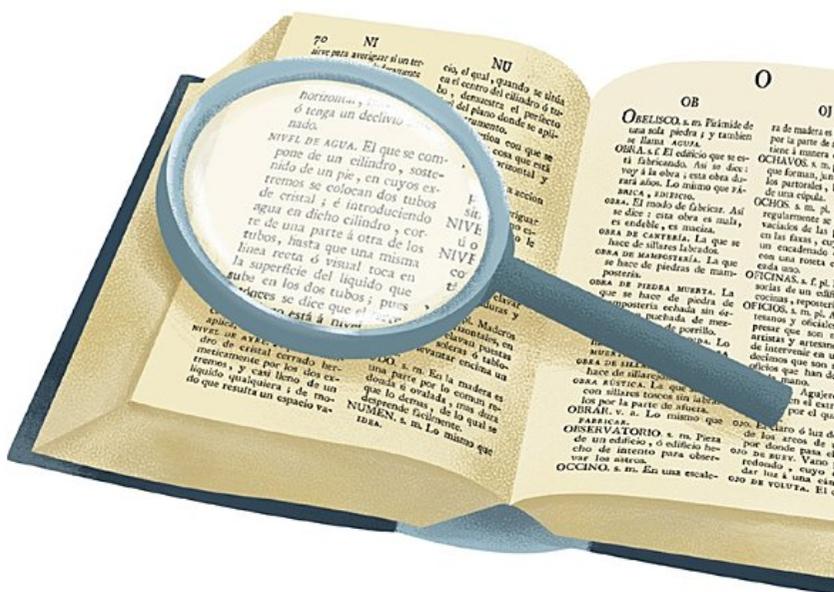
Gabriel Zaid

Mil palabras



Gabriel Zaid

Mil palabras



DEBATE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

1. Señoras y señores

De los afanes feministas han salido muchas cosas buenas y algunas lamentables. El acceso al voto, a las profesiones y el poder han sido avances de verdad. Pero que una directora se haga llamar *la directora* o *el director* no es un avance. La lengua admite innovaciones, pero no arbitrariedades. Permite decir *el presidente*, *la presidente* y *la presidenta*; *el juez*, *la juez* y *la jueza*; pero no *el presidenta*, ni *el jueza*, ni *la director*. Tampoco *el director*, si es directora.

Donde se acostumbra *la juez*, hay quienes exigen *la jueza*, para marcar el género en el sustantivo. Donde se acostumbra *la jueza*, hay quienes exigen *la juez*, para subrayar que el cargo no tiene género. Ambas formas son válidas, y exigir el cambio de una por otra parece mera ostentación de militancia.

También es válido decir "los ciudadanos y las ciudadanas", como decía el presidente Vicente Fox; innecesariamente, porque "los ciudadanos" incluye a las ciudadanas. Hubo algo semejante en la "Ley de las y los jóvenes" que promulgó el Gobierno del Distrito Federal (30 de mayo de 2000). Redundancias interesadas: los políticos se adornan subrayando lo que conceden. Nunca dirán "los tontos y las tontas".

La redundancia interesada no es reciente ni de un solo país. Julio Hubbard descubrió un testimonio de Rubén Darío (*Peregrinaciones*) sobre Jean Jaurès, famoso orador político que se dirigió a una multitud diciendo (como Fox): Citoyennes et citoyens!

Georges Dumézil (*Le Nouvel Observateur*, 7-13 septiembre de 1984), burlándose de este feminismo, propuso feminizar los apellidos: M^{me} Miterrande y M^{me} Fabia, en vez de M^{me} Miterrand y M^{me} Fabius. Algo así como Sra. Foxa, en vez de Sra. Fox.

En francés y en inglés no es posible cometer la tontería de “las y los” porque *les* y *the* se usan para ambos géneros. Pero, en inglés, el movimiento contracultural de los años sesenta impuso la no marcación del estado civil de la mujer. Así como *mister* y su abreviatura *Mr.* no distinguen solteros de casados (a diferencia de *Miss* y *Mrs.*), se inventó *Ms.* para no marcar a las mujeres como solteras o casadas.

De igual manera en francés se prohibió en 2012 el uso de *mademoiselle* en los documentos oficiales, según la Wikipedia francesa. Toda mujer que no sea niña es *mada-me*.

En español pudiera usarse *Sa.*, en vez de *Sra.* o *Srita*. Curiosamente, el habla popular encontró una solución: *Seño*, que es apócope tanto de *señora* como de *señorita*. Quizá la inventaron los vendedores ambulantes “para no entrar en detalles” (como dice la burla) y para evitar la situación incómoda de que una cliente (o *cliente*) rechace airadamente el tratamiento de *señora*: “¡Señorita, si me hace usted favor!” Más curiosamente aún, apareció el diminutivo *Señito*. No *Señita*, que sonaría a *señorita*, y ya no serviría para *señora*.

En las grandes tiendas hay otra solución. No se dice *Seño*, sino *señorita*, a todas las mujeres, fuera de casos obviamente embarazosos. Con lo cual *señorita* ya no marca el estado civil.

Hay un efecto neutralizador semejante en el uso de “los ciudadanos” para significar “los ciudadanos y las ciudadanas”; “los jóvenes” para “los y las jóvenes”; “señores” para “señoras y señores”. Usar una palabra masculina para incluir ambos géneros puede parecer sexista, pero es a costa

del género masculino, que pierde la exclusividad retenida por el femenino.

Hay una antigua salutación que hoy parece normal, aunque es anómala: dirigirse a los asistentes de una reunión, no como "Señores", sino como "Señoras y señores". También existe en otros idiomas. ¿Cómo y cuándo empezó?

Una carta al editor de *The Antiquarian* recogida en la miscelánea *The Antiquarian Repertory* (segunda edición, Londres, 1780, volumen I, página 156) incluye esta observación: "All public addresses to a mixed assembly of both sexes, till sixty years ago, commenced Gentlemen and Ladies; at present it is Ladies and Gentlemen". Lo cual implica que la redundancia existía, cuando menos, desde el siglo XVIII. Y que la primera galantería fue desplazada por otra todavía más galante.

Las mujeres inventaron los salones literarios y los presidieron: la princesa Sukayna en el mundo islámico, la reina Leonor de Aquitania en la Edad Media, Madame Geoffrin en la Ilustración. Pero en los salones literarios, como en las tertulias doctas del Renacimiento (las academias), predominaba la conversación, no el discurso docto, que más bien tiene afinidades con la cátedra.

Las conferencias (solemnizadas como "magistrales") no son conferencias: reuniones más o menos igualitarias de colegas (Conferencia del Episcopado Mexicano) o representantes de países que dialogan (Conferencia de Yalta). Tampoco son conferencias telefónicas. Son reuniones asimétricas para escuchar una disertación dirigida a un público abierto (no a los que toman un curso). También pueden ser acontecimientos sociales, honrados con la presencia de personalidades distinguidas, a las que el expositor, antes de empezar, se dirige con una letanía de saludos: Excelentísimo señor de Tal por Cual, honorable embajador del Más Allá, ilustre director del Ya Sabemos. Las saluciones van en orden jerárquico descendente y terminan con "señores", que es el peldaño raso. Pero, si una parte del público

es femenino, parece galante distinguirlo con una jerarquía penúltima: “señoras y señores”.

La redundancia está en el *Quijote* (segunda parte, capítulo 58): “la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan”.

Más remotamente aún, Filón de Alejandría, en la primera mitad del siglo I, describe a los terapeutas, una agrupación (parecida a los esenios) de judíos dedicados a la vida contemplativa. Habla de su liturgia y del momento en que “todos [pantes] y todas [pasai]” cantan (*Los terapeutas: De vita contemplativa*, edición bilingüe y traducción de Senén Vidal, Ediciones Sígueme, 2005, párrafo 80).

José Molina Ayala encontró un precedente homérico en la *Ilíada* (siglo VIII antes de Cristo). En la rapsodia VIII, Zeus prohíbe a los dioses del Olimpo que se metan en la Guerra de Troya. Alfonso Reyes (*La Ilíada de Homero. Primera parte: Aquiles agraviado*, Fondo de Cultura Económica, 1951, página 162) traslada así:

—¡Oíd, dioses y diosas, y nadie sea osado a transgredir la orden que os da mi corazón!

La traducción literal de Rubén Bonifaz Nuño (Homero, *Ilíada*, México: Universidad Nacional, 1996) dice: “Escuchad de mí, así todos los dioses [pantes te theoi] como todas las diosas [pasai te theainai]”.

No está clara la función de estas antiguas redundancias, y no parecen galanterías. Más bien parecen fórmulas arcaicas: vestigios gramaticales que aparecieron antes, no después, de las simplificaciones. La eliminación de redundancias fue un avance para decir lo mismo con menos palabras.

George Zipf compiló estadísticas de la frecuencia de cada palabra usada en inglés, y descubrió que la más usada (*the*) era dos veces más frecuente que la segunda más usada (*be*), tres veces más frecuente que la tercera más usada (*to*), etcétera. A partir de ese descubrimiento, estableció en

1935 una fórmula matemática (llamada hoy Ley de Zipf), y comprobó que era válida en varios idiomas. Para explicar el hecho, propuso en 1949 un "principio del menor esfuerzo" en su libro *Human behavior and the principle of least effort*.

Una ilustración de este principio es que las palabras más usadas son cortas. Las largas se usan menos o se recortan, creando apócope: palabras truncas de las que se dice el comienzo, pero no el final, sobreentendido: *bici*, *foto*, *Tere*, en vez de *bicicleta*, *fotografía*, *Teresa*.

Ramón Ferrer i Cancho y Ricard V. Solé, en un análisis del costo combinado del hablante y el oyente para que el mensaje pase bien, confirman el principio señalado por Zipf ("Least effort and the origins of scaling in human language", *Proceedings of the National Academy of Sciences of the USA*, volumen 100, número 3, páginas 788-791, 4 de febrero de 2003).

En un telegrama, simplificar reduce el costo para el que lo envía, pero lo aumenta para el que lo recibe: tiene que imaginarse las palabras omitidas, suponer el contexto, resolver las ambigüedades. La claridad beneficia al que lee, pero le cuesta al que escribe. La claridad óptima es la que minimiza la suma del costo para ambas partes.

Hay precisiones necesarias y hasta redundancias necesarias para que algo quede claro y diga lo que quiere decir. Pero las innecesarias ("los ciudadanos y las ciudadanas", "las y los jóvenes") son un retroceso, no un avance.

2. Abnegación y placer

Las grandes lenguas merecen grandes diccionarios, y sería de esperarse que una gran literatura incluyese obras de este género. Los diccionarios de Johnson, Webster, Oxford, parecen dignos compañeros de Shakespeare; y lo mismo sucede en otras lenguas, pero no en español. Tenemos una literatura digna de alternar con las mejores, pero no un conjunto de diccionarios semejante. El único de ese nivel es el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* de Joan Corominas.

¿Cómo explicarlo? Quizá porque los diccionarios son un género tardío. Quizá porque no tienen el prestigio de los llamados géneros de creación (su creatividad no es tan visible). Quizá porque, a diferencia de otros géneros, que tienen mucho de afirmación personal, los diccionarios tienen mucho de abnegación personal. Hay que trabajar de manera casi impersonal durante largos años para crear cosas útiles que pocos aprecian. ¿Dónde está el atractivo?

Está, por supuesto, en el gusto de sumergirse en las palabras. Un gusto que comparten lectores, escritores y lexicógrafos, aunque de maneras distintas. El placer del texto está en la sucesión feliz de las palabras a lo largo de los renglones (en el eje horizontal que Roman Jakobson llamó sintagmático) y en la selección feliz de cada palabra frente a todas las otras posibles en cada caso (el eje perpendicular: paradigmático).

El placer más obvio es el primero. El segundo lo aprecian únicamente los lectores críticos, que disfrutan la riqueza

za de posibilidades y la selección perfecta del adjetivo, sustantivo, verbo, adverbio, preposición. Este placer perpendicular, si así podemos llamarlo, es el que dan los diccionarios por el simple hecho de recorrer la lista de palabras que registran.

Aunque las definiciones breves, claras y precisas de un diccionario pueden dar el placer de un aforismo, el placer primordial está en las palabras registradas: comunes o insólitas, bien hechas o desgarbadas, milenarias, advenedizas, musicales, malsonantes, pintorescas, equívocas, pedantes, llamativas o discretas.

El placer está en el regodeo de tantas posibilidades. En escucharlas o leerlas, recogerlas, estudiarlas, clasificarlas, relacionarlas y hacer listas temáticas, gramaticales, etimológicas, históricas, multilingües, dialectales.

3. Achichinle, aguacate, apapachar...

¿Qué tanto influyen las lenguas indígenas en el español de México? Poco, según las investigaciones de Juan M. Lope Blanch (*El léxico indígena en el español de México*). Pero algo.

1) Desde luego, en el vocabulario. Aunque no todos los mexicanismos son indigenismos, muchos lo son.

2) También en la formación de gentilicios. El sufijo náhuatl —*écatl* favorece las terminaciones en *-eco*. Por eso existe *zacateco*, además de *zacatecano*. Y esto sucede hasta en las zonas de influencia maya: *yucateco* se usa más que *yucatanense*.

Según Pharies (que cita a Lope Blanch), *-eco* es un sufijo poco productivo en español, aunque se remonta al siglo XI. Es de origen desconocido. No tiene precursores en el latín clásico, pero pudo existir en el latín hablado tardío, porque también existe en otras lenguas romances.

Dicho sea de paso: *enteco*, que algunos dan por mexicanismo, nada tiene que ver con el náhuatl. Viene "del verbo griego *enteco*, que significa abrasar y quemar, tomada la metáfora de las plan- tas quemadas del fuego o hielo, no medran, y así, el enfermo..." (Francisco del Rosal, *Origen y etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana*. Manuscrito de 1601, citado en el *Tesoro* de Gili Gaya). Pero, según Corominas, viene del griego *hektikós* y está relacionado con *hético* (tísico). También está relacionado con *hectique* en francés y *hectic* en inglés. Se llamó *tisis* a la fiebre crónica con altas y bajas temperaturas (*hektikós*

piretós), y en inglés se llama *hectic day* a un día sin reposo, de actividad afebrada.

También de paso: *chueco* es un americanismo de origen incierto, según Corominas. En México se dice de las cosas y de las personas en un sentido físico y moral: torcido, contrahecho, turbio, ilegal. También se usa *enchuecar*.

3) Esta creación de “voces mestizas: radical español y sufijo náhuatl”, como las define Antonio Alatorre (“Sobre americanismos en general y mexicanismos en especial”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, volumen XLIX, número 1, 2001), se da también en *metiche* (‘que se mete donde no lo llaman’), *pediche* (‘pedigüeño’), *habliche* (‘hablantín’), *lambiche* (‘adulador’) y otras formadas con el sufijo *-tzin* para referirse cariñosamente a los niños y despectivamente a los adultos.

4) En la fonética, el contacto con el náhuatl produjo la articulación explosiva y licuante de “tl” (Moreno de Alba), que no existe en España. Por eso, los españoles tienen dificultades para pronunciar estos nahuatlismos. Pocas palabras españolas tienen “tl”: *atlas*, *Atlántico*, *Atlántida*, *atleta*. Y no se pronuncian como en México: /a-tlas/, sino /ad-las/.

Según la mitología griega, Atlas cargaba la esfera celeste para que el firmamento no se desplomara sobre la Tierra. De ahí el nombre del Atlántico (mar de Atlas) y de la Atlántida (isla de Atlas).

Según la mitología del Dr. Atl (nombre artístico que adoptó el pintor de volcanes Gerardo Murillo), estos nombres derivan de *atl* (agua), porque en la Atlántida se hablaba náhuatl...

¿Qué tanta vigencia tienen los indigenismos? Para investigarlo, Lope Blanch y 17 personas del Seminario de Dialectología del Colegio de México realizaron 343 entrevistas grabadas con 490 hablantes de todas clases de la ciudad de México, durante poco más de dos años, registrando los indigenismos. Además, revisaron textos literarios y periódicos. El corpus resultó de 4.6 millones de palabras: 2.2

de grabaciones y 2.4 de textos, pero los indigenismos no llegaron al medio por ciento.

Y el grueso de los indigenismos (84%) estaba constituido por palabras como *México* o *Chapultepec*: nombres propios de lugares, pueblos, etc. Curiosamente, según me contaron, la única aparición de la palabra azteca se dio en el nombre del Estadio Azteca.

Las voces comunes como *achichinle*, *aguacate*, *apapachar*, no llegaban a un décimo de uno por ciento (menos de una milésima parte del corpus total).

Añadiendo medio centenar de vocablos comunes no mencionados espontáneamente, se hizo un segundo trabajo consistente en presentar listas de indigenismos a cien personas para ver cuáles conocían. Y se llegó a la siguiente clasificación por vigencia:

95 indigenismos que todos conocían (*aguacate*, *apapachar*, *atole*).

61 que casi todos conocían (*achichinle*, *ahuehuete*, *ajolote*).

62 más o menos conocidos (*cacahuacincle*, *cacle*, *cacomisclle*).

27 poco conocidos (*acocil*, *achinchinar*, *coconete*).

38 muy poco conocidos (*acocote*, *achiote*, *aguate*).

Y 30 prácticamente desconocidos, con los que el lector puede hacer la prueba: *atemole*, *camichín*, *canán*, *chalchicuil*, *chichile*, *chomite*, *cuitla*, *guare*, *ixcamole*, *mecuete*, *mi-chí*, *ocochal*, *pasclle*, *paxcal*, *pizote*, *quelitismo*, *quilotamal*, *salbute*, *tavacán*, *tecotehue*, *tequescamote*, *tescal*, *tlascal*, *topil*, *totomoxtle*, *tucero*, *xolosóchil*, *yagual*, *zacamiche* y *zontle*.

El informe termina con cuadros estadísticos y listas que resumen los resultados. Antes, incluye observaciones de interés, por ejemplo: *tiza* (común en España, donde se pronuncia con *ce*) es de origen náhuatl y casi no se usa en México, donde se prefiere el latinismo *gis* (hasta para decir: *andas gis...* o sea borracho). Lo cual por otra parte indica

que los indigenismos viajan: *hule* y *petaca* se usan en otros países; *tomate* y *chocolate* en otras lenguas.

Observaciones:

Contra lo que dice el libro, *güila* sí es sinónimo de *co-meta* y *papalote*, aunque la encuesta no documente el uso, registrado por Santamaría (y escuchado por mí hacia 1940 en Monterrey).

Estar tragando camote no es “estar en la luna”, sino “quedarse perplejo y sorprendido, sin poder hablar” (Santamaría). Todavía se usa.

Dar toloache se usa también con el significado de dar un bebedizo para conseguir el amor de una persona.

Hubiera sido interesante registrar en las mismas grabaciones y textos los anglicismos, para comparar con el uso de indigenismos.

4. Acólitos y anacolutos

Se llama *acólito* (del griego *akólouthos*) al seguidor: el que va con otro, acompañándolo y secundándolo. Y se llama *anacoluto* (del griego *anakólouthos*) a un defecto gramatical: a lo que no se sigue de una frase a otra.

En griego, *kéleuthos* era 'viaje', 'ruta', 'camino'; y *akólouthos*, 'compañero de viaje' (Chantraine). La primera letra de *akólouthos* deriva del indoeuropeo *sem* 'junto'. Platón señaló que esa alfa añade el significado 'juntamente' (*Crátilo* 405 d).

El significado de *akólouthos* se extendió a 'miembro de un séquito o brigada', 'secuaz', 'seguidor', 'adjunto', 'auxiliar', 'servidor'. El de *anakólouthos* fue 'lo que no se sigue', y se limitó a eso. Pasó como *anacoluto* al español, con el mismo significado.

El verbo *akoloutheo* ('ir con', 'ir tras', 'seguir') se extendió a otros significados: 'secundar', 'obedecer'. También a la aparición sucesiva de los astros en el cielo o de los filósofos en la historia; al hilo de las palabras de un discurso o las ideas de un argumento; a la secuencia de un razonamiento; a la congruencia gramatical, lógica, analógica o legal; a la vida congruente con la naturaleza; a lo consecuente, a lo que va de acuerdo con.

El abstracto *akolouthía* ('consecuencia') y su antónimo *anakolouthía* ('inconsecuencia') casi no pasaron a las lenguas modernas. En cambio, pasaron (tempranamente) *akólouthos* y (tardíamente) *anakólouthos*.